



## LA MUJER DE LOT

Enrique Cordovez Pérez  
Capitán de Navío

En el libro del Génesis encontramos la triste historia de la mujer de Lot, un hombre piadoso que mereció la compasión de Dios y fue salvado, junto a su familia, de la destrucción de la ciudad de Sodoma con fuego y azufre caídos desde el cielo. Advertido por los ángeles que habían recibido esa terrible misión, intentó prevenir a sus yernos para que también se salvaran, pero no le creyeron. Finalmente, los ángeles le sacaron de allí junto a su familia advirtiéndole "Huye, si quieres salvar la vida. No mires hacia atrás...". Sin embargo, la mujer de Lot desobedeció el mandato divino y quedó convertida en una columna de sal.

¿Por qué la mujer de Lot miró hacia atrás? Miró atrás porque quiso regresar a casa y poder rescatar sus bienes. La nostalgia por las seguridades del pasado es una respuesta natural del ser humano frente a las incertidumbres de futuro. Lo que ayer obtuvimos con esfuerzo nadie asegura que lo volveremos a tener.

Nuestro país se ve enfrentado a un proceso de cambios políticos, económicos y sociales, acelerados por el fuego que en octubre de 2019 destruyó una veintena de estaciones del Metro de Santiago y, aparentemente, todavía en pausa debido a las restricciones impuestas desde marzo por la pandemia del coronavirus.

Al igual que la mujer de Lot, hay muchos chilenos que recuerdan con nostalgia el siglo XX. Unos añoran las grandes avenidas del gobierno marxista de Salvador Allende, el cual terminó en un rotundo fracaso. Otros quisieran revivir el período de orden y progreso del gobierno militar, pero aquel cumplió con los objetivos que se había propuesto e hizo posible un pacífico retorno a la democracia.

Ambas tendencias son merecedoras de convertirse en columnas de sal porque estamos viviendo en el siglo XXI. El mundo se ha globalizado, ya no existe un permanente conflicto entre las grandes potencias capitalistas y socialistas. Salvo algunas excepciones, la economía de mercado es la herramienta usada por casi todos los países para lograr el desarrollo. Hoy podemos ver que la China comunista reclama ante el mundo por la libertad de comercio, mientras que el presidente de los EEUU es acusado de populista y efectuar prácticas antidemocráticas, tanto por su rival electoral como por casi toda la prensa.



El mundo está convulsionado y la revolución molecular disipada llegó a nuestras costas cuando un grupo de parlamentarios firmó el difícil y trasnochado acuerdo de redactar la nueva constitución política. Varios de ellos fueron chantajeados por un mes de violencia anarco-delictual y masivas protestas sociales de diversa índole, capitalizadas como el clamor popular de una nueva Constitución.

Cualquier obra humana es perfectible ya que siempre es mejor la esperanza del futuro que la angustia presente. Así como para mejorar la casa no es necesario destruirla hasta sus cimientos, la institucionalidad no se puede reescribir a partir de una hoja en blanco. La Constitución aprobada en 1980 es continuadora de las cartas magnas anteriores y contiene mecanismos para ser reformada.

De hecho, el texto original fue modificado por un acuerdo entre la Concertación de Partidos por la Democracia y el Gobierno Militar y refrendado por el plebiscito del 30 de julio de 1989 con un 85,7% de los votos. El año 2005 se realizaron reformas constitucionales que eliminaron la existencia de senadores designados o vitalicios, entre otras modificaciones, y la firmó el presidente Ricardo Lagos. Sin ir más lejos, el 22 de julio de 2020 el parlamento acordó una reforma constitucional que permitió el retiro excepcional de los fondos de capitalización individual por más de 3/5 de sus integrantes, y no fue vetada por el Ejecutivo.

A fin de cuentas, todo se reduce a voluntad política: Si hay acuerdo se puede remodelar el viejo inmueble, si no lo hay, se impone la solución de demolerlo.

Condicionados aún por la lógica binominal el debate público sigue entrampado en las posturas antagónicas de derecha e izquierda. Los editorialistas de los medios de comunicación las amplifican, como si la vida de la mayor parte de la población girase exclusivamente entorno a la dimensión política. No obstante, la paupérrima posición de líderes políticos en las encuestas nos dice otra cosa.

¿Se requieren cambios en la política? Es evidente que sí. Un Ejecutivo con atribuciones que garanticen la seguridad de las personas. Un país unitario que otorgue adecuada autonomía a regiones y comunas. Una mayor participación ciudadana en el quehacer nacional. Un Parlamento reducido, idóneo y eficiente. Y, con gran urgencia, reconstruir el centro político para recuperar el consenso.

Como decía un viejo marino: "Cuando uno cambia de rumbo bruscamente hacia una banda el buque pierde avance, ocurre lo mismo al caer hacia la otra banda. Los cambios de rumbo deben ser graduales para que arribemos a buen puerto".